

SOBRE EL ORIGEN DEL LENGUAJE Y LA DIVERSIDAD LINGÜÍSTICA: LA BABEL DE MÉXICO

PILAR MÁYNEZ

Y Adán nombró a los animales y la lengua que era una sola se diversificó

Y Yavé Dios trajo ante el hombre todos cuantos animales del campo y cuantas aves del cielo formó de la tierra para que viese cómo los llamaría, y fuese el nombre de todos los vivientes el que él les diera. Y dio el hombre nombre a todos los vivientes que les diera. Y dio el hombre nombre a todos los ganados, y a todas las aves del cielo, y a todas las bestias del campo.¹

Esta referencia, que aparece en el libro del *Génesis*, específicamente en el apartado correspondiente al Paraíso, es, junto con el multicitado pasaje de la Torre de Babel, el punto de partida de una muy vasta tradición occidental sobre el origen del lenguaje humano. En la segunda de estas referencias, dice el capítulo once del *Genesis*:

Era la tierra toda de una sola lengua y de unas mismas palabras.

En su marcha desde Oriente [los hombres] hallaron una llanura en la tierra de Senaar, y se establecieron allí [...] y dijeron: “Vamos a edificarnos una ciudad y una torre, cuya cúspide toque a los cielos y nos haga famosos, por si tenemos que dividirnos por la faz de la tierra”. Bajó Yavé a ver la ciudad y la torre que estaban haciendo los hijos de los hombres, y se dijo: “He aquí un pueblo, uno, pues tienen todos una lengua sola. Se han propuesto esto, y nada les impedirá llevarlo a cabo. Bajemos, pues, y confundamos su lengua, de modo que no se entiendan unos con otros” [...] y así cesaron de edificar la

¹ Sagrada Biblia, versión directa de las lenguas originales de Eloíno Nacar y Alberto Colunga, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1966, *Génesis*, II, 19-20, p. 31. Existen varias propuestas respecto a cuál pudo haber sido el idioma primitivo. Becano advierte que fue el flamenco; Web, que el chino; Perrón, que el celta, mientras que otros autores sostienen que muy posiblemente fue el vasconce o cántabro.

ciudad. Por eso se llamó Babel, porque allí confundió Yavé la lengua de la tierra toda, y de allí los dispersó por la faz de toda la tierra.²

Dos son las consideraciones que se desprenden de los pasajes bíblicos citados. El primero de ellos ha suscitado diversas opiniones a lo largo del tiempo y tiene que ver con la capacidad innata y privativa del hombre de expresarse verbalmente. En el mencionado episodio del *Génesis*, tenemos que Yavé mostró al primer hombre una serie de animales —aunque sólo aquellos que vivían en la tierra y en mayor contacto con él—,³ los cuales Adán nombró, a su vez, sin haber tenido que cumplir previamente con algún rito iniciático que le permitiera llevar a cabo esta tarea. Pero el libro sagrado no consigna la forma en que éste procedió en dicho acto lingüístico; no se alude a si la denominación se realizó conforme a la naturaleza de lo nombrado o si, por el contrario, en el resultado obtenido intervino un supuesto vínculo entre el referente y lo referido que propiciara la designación, esto es, una natural analogía entre el sonido que componía cada nombre y la impresión mental incitada por la percepción del animal. Muchos siglos después, importantes pensadores intentaron explicar este hecho fundacional asignándole a tal interpretación un carácter arbitrario, como fue el caso de Locke, quien aseguraba que la elección designativa efectuada por Adán fue libre, en tanto que Leibniz sostenía que había sido conforme al vínculo intrínseco que se establece naturalmente entre la cosa y la palabra.

Por otra parte, en la *Biblia* no se plantea si la manera en que Adán impuso los nombres fue o no la correcta; el *Génesis* no califica si el tipo de nomenclatura empleado por el primer hombre fue el adecuado, consideración que, por el contrario, ocupa, como veremos, un lugar preponderante en el discurso platónico. En una propuesta comparativa, sobre lo que se advierte al respecto en la *Biblia* y en el *Cratilo o de la exactitud de las palabras* de Platón, Harris y Talbot sostienen que en la primera no se hace mención alguna acerca de la correcta asignación de los nombres; en tanto que en el segundo, el acierto en la composición de la palabra se convierte en el aspecto medular de la disertación; el nombre más adecuado es aquel que reproduce a través de sus elementos constitutivos la naturaleza de las cosas, sostenía Sócrates en el *Cratilo*.⁴ Aquí transcribimos un pasaje ilustrativo al respecto.

² *Génesis*, XI, 1-9., p. 40-41.

³ Véase nota 19 de la edición de Nácar y Colunga. En ésta se agrega, además, que “la imposición del nombre arguye en Adán ciencia y dominio sobre los animales”, p. 31.

⁴ Roy Harris y Talbot J. Taylor, “The Bible on the origin and diversification of language”, en *Landmarks in Linguistic Thought. The Western Tradition from Socrates to Saussure*, Routledge, Londres/Nueva York, , 1989, p. 35-46.

Sea lo que fuere de ello, volvamos a la letra *r*. Repito, el autor de los nombres ha creído encontrar en ella, por su capacidad de hacer reproducir la movilidad, un instrumento muy adecuado para expresar el movimiento. En todo caso se ha servido muchas veces de ella para expresarlo: primeramente, en la misma palabra *rein* (*fluir*) y en la de *roe* (*corriente*) imita la movilidad por medio de esta letra; luego, en *tromos* (*temblor*), en *trays* (*nudoso*); además, en verbos como *krouéin* (*chocar*), *zrávein* (*triturar*), *eréikein* (*rasgar*), *zryptein* (*quebrar*), *kermatidsein* (*desganar*), *rymbéin* (*hacer dar vueltas, arremolinar*): en general, todas estas palabras resultan expresivas gracias al empleo de la *r*.⁵

La corrección del nombre, por tanto, se asocia en el diálogo del filósofo griego con la adecuada elección que de esas unidades haga el legislador, es decir, el encargado de efectuar dicha tarea. El *Génesis*, asimismo, invita a reflexionar respecto a la prioridad de la cosa sobre la acción denominativa: los animales que Yavé mostró a Adán existían independientemente de que se les hubiera aplicado un apelativo. No queda la menor duda de que la cosa tuvo preponderancia sobre lo nombrado y de que ésta es independiente de su designación. Tampoco el *Génesis* proporciona una explicación articulada respecto a la secuencia que se estableció entre ese hecho preliminar y la conformación idiomática única y común, la cual fue resquebrajada por el Ser Supremo como castigo a la soberbia humana que intentaba llegar a la cúspide de los cielos con su obra; esto es, no aparece una explicación intermedia que se refiera a los elementos que fueron incorporándose sucesivamente para conformar esa lengua completa, que posteriormente fue diversificada por Dios.

Ahora bien, el episodio de Babel ha sido retomado e interpretado a lo largo de los siglos por diversos autores. Dante Alighieri, por su parte, tras afirmar que el lenguaje articulado es atributo exclusivo del hombre, regresa a esta referencia bíblica para, a partir de ella, dar paso a lo que será su propuesta precomparatista. El escritor florentino sostiene que después de esa desmembración aparecieron tres troncos diferentes en las regiones de Europa y Asia. Posteriormente uno de ellos dio origen a tres distintas lenguas: el provenzal, el francés y el italiano. Luego de proporcionar una muy breve referencia acerca de las peculiaridades de cada uno de ellas, se concentra en la última, la

⁵ Platón, en *Obras completas*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1972, p. 541. Asimismo, en este otro párrafo se ejemplifica el pensamiento platónico acerca de la motivación de los nombres: “[...] Al hablar que la lengua resbala de una manera especial sobre la *l*, ha designado con nombres hechos a semejanzas de esto lo que es *liso* (*leion*), la acción misma de resbalar (*oliszánein*), lo untuoso (*liparón*), lo pegajoso (*lo klollódes*) y todas las demás nociones de este mismo género”. *Ibid.*, p. 541.

cual, según su opinión, resultaba la más apta para componer las más atildadas obras en prosa y verso. Pero la lengua italiana propia de los siglos XIII y XIV, advierte el autor, estaba compuesta igualmente por un amplio mosaico de catorce variantes que ostentaban sus características fónicas, morfológicas, sintácticas y léxicas distintivas. Dante pasa revista a todas ellas señalando sus deficiencias y resaltando, por otra parte, sus atributos.⁶ El autor de la *Divina comedia* aspira a crear una lengua artificial “ilustre, cardinal, áulica y curial”, eligiendo los mejores componentes de cada una de esas modalidades que él identifica en la península itálica para originar un romance ideal. Así, dice Georges Mounin, su propuesta es una especie de *Mischsprache* “sobre la base de formas comunes a todos los dialectos regionales usados por los mejores poetas”,⁷ con la cual los escritores podrían tratar los temas más sublimes en sus composiciones. Pero la aspiración de Dante se queda en eso, en un interesante proyecto que no tuvo aplicabilidad y cuyos propósitos universalistas coinciden, en cierto sentido, con los anhelos de estudiosos posteriores como Francis Bacon y John Wilkins, que intentaban la creación de un código artificial común a todos. La aspiración de que una lengua universal de esta clase era posible se debió a la gran confianza en el poder del raciocinio humano y a las clasificaciones de las ciencias empíricas que imperaban en los siglos XVI, XVII y XVIII. Por su parte, en su *Essay towards a real character and a philosophical language*, Wilkins consideró que el latín era la lengua más cercana a este ideal universal y propugnó para que el quimérico idioma fuera lo más sencillo en sus construcciones sintácticas y evitara la innecesaria redundancia lexicativa.⁸ Y es que en el Renacimiento había quedado manifiesta la extensión del Babel lingüístico en todo el mundo, de ahí el intento de algunos pensadores por reparar en lo posible aquella fragmentaria realidad.

El nativo indoamericano en el marco de la tradición occidental.

La Babel del Nuevo Mundo

El encuentro y la conquista de tierras insospechadas a finales de los siglos XV y XVI instaron a los juristas y teólogos a dar una explicación

⁶ Véase Dante Alighieri, *Tratado de la lengua vulgar*; traducción, introducción y notas de Federico Ferro Gay e Hidilberto Villegas Méndez, México, Secretaría de Educación Pública, 1986.

⁷ Georges Mounin, *Historia de la lingüística, desde los orígenes al siglo XX*, Madrid, Gredos, 1979, p. 119.

⁸ Véase R. H. Robins, *Breve historia de la lingüística*, Madrid, Paraninfo, 1980, p.118-119.

que legitimara la violenta intervención europea. Efectivamente, desde el principio de la aventura trasatlántica, se intentaron establecer los títulos y derechos que amparaban a la Corona en las nuevas tierras. Las Bulas Alejandrinas expedidas por el papa Alejandro Borja en 1493 establecían la demarcación territorial de las conquistas españolas y portuguesas, y exigían a los respectivos monarcas la evangelización de sus habitantes.

Se trataba de catequizar a los indios (gentiles ocultos hasta entonces por la voluntad suprema) y explicar su origen y su existencia a la luz de las Sagradas Escrituras. Algunos estudiosos han sostenido que “de la conversión de los indios dependía el cumplimiento de las promesas del *Apocalipsis*, pero era necesario aún unir éstos, de una manera o de otra, con el linaje de Adán y con los pueblos presentes en el Antiguo Testamento”,⁹ y esto último fue lo que en definitiva hicieron los frailes etnógrafos al intentar explicar la inserción de aquellos extraños seres en su nueva realidad. Así, por ejemplo, el franciscano Andrés de Olmos, quien se acercó en el periodo inicial de la colonia a la religión de los mexicas y a la organización de su sociedad, quien escribió el *Arte de la lengua mexicana* (1547), primero de una lengua indoamericana del continente, intentó vincular la cosmología original con los naturales a quienes consideraba como descendientes de los judíos que había que convertir. Para fundamentar la procedencia de los mexicanos recurrió a pasajes del *Génesis* donde se alude a la diversificación de las lenguas que siguió tras la edificación de Babel, así como a la huída de algunos habitantes del país de Siquem por el reparto de Canaan llevado a cabo por Jacob.

El dominico fray Diego Durán, por su parte, cita en su crónica numerosos párrafos de las Sagradas Escrituras que intentan acreditar el origen judío de los naturales indoamericanos. Lo contenido en el *Génesis*, en el *Deuteronomio*, en el *Éxodo* y en el *Levítico* prueba, según su apreciación, la trasmigración y el peregrinar de ciertos hombres hacia lejanas tierras. Y agrega:

Y lo que más me fuerza a creer que estos indios son de línea hebrea es la extraña pertinencia que tienen en no desarraigar de sí estas idolatrías y supersticiones, yendo y viniendo a ellos, como se ve de sus antepasados, como dice David en el Salmo 105: que, en viéndose atribulados de Dios, clamaban a Él y perdonábamos con su misericordia; pero luego olvidados se volvían a idolatrar y a sacrificar sus hijos

⁹ En Georges Baudot, *Utopía e historia de México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*, Madrid, Espasa Calpe, 1983, p. 95.

e hijas a los demonios, y derramando la sangre de los inocentes, la ofrecían a los ídolos del Canaán.¹⁰

Pero el vínculo ancestral del nativo indoamericano que se pretende establecer con la tradición judeo-cristiana no se comprueba sólo en este acontecimiento fundacional; también se muestra en las constantes alusiones de los cronistas novohispanos al referirse al rico mosaico lingüístico de las nuevas tierras, consecuencia y prolongación de aquel desafortunado hecho de irreversibles consecuencias. Según Gonzalo Aguirre Beltrán, a la llegada de los españoles las lenguas habladas en Mesoamérica superaban las dos centenas, y el proceso de dispersión era fundamentalmente notable entre las bandas del norte.¹¹ Así, a medida que las distintas etnias fueron dominadas por los españoles, el número de idiomas ininteligibles entre sí que hablaban los habitantes era superior a los supuestos setenta y dos que se habían dispersado en Babel.

Ahora bien, las lenguas habladas en el nuevo continente no ostentaban ningún parentesco con las indoeuropeas; su estructura y composición distaban de corresponder con aquel tronco que había originado un número importante de grupos e idiomas y del que no se tenía ningún testimonio escrito. El amplio espectro lingüístico de las Indias Occidentales no debió sorprender a los conquistadores, quienes provenían también de una polifacética realidad idiomática, por lo que la diversidad lingüística y cultural advertida en estas tierras fue para ellos hasta cierto punto familiar.¹²

No obstante, la heterogeneidad manifestada por las múltiples lenguas que provenían a su vez de indocumentados troncos planteaba serias dificultades para los afanes imperialistas de la Corona que, como se ha dicho, tenía que legitimar su irrupción en América. La tarea más urgente consistió en propagar la fe cristiana. Para ello se requería la promulgación de políticas que respaldaran las posibles acciones, pero, sobre todo, de estrategias lingüísticas idóneas que lograsen concretar sus propósitos. Se trataba de salvar las almas de los infieles, idólatras

¹⁰ En *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme*, 2 v., edición de Ángel María Garibay, México, Porrúa, 1967, v. II, p. 18.

¹¹ En *Lenguas vernáculas. Su uso y desusos en la enseñanza: la experiencia de México*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1983 (Ediciones de la Casa Chata, 20), p. 42.

¹² Carlo Tagliavini se refiere incluso al rico sustrato de la Península Ibérica compuesto, entre muchos otros, por elementos gaélicos, a causa de las inmigraciones y colonizaciones celtas, por la presencia de un idioma prerromano, el vasco, al que algunos han dado procedencia camítica y otros caucásica, y también por unidades procedentes de los iberos que ocuparon la parte oriental de España y quienes habían llegado a la península desde el África septentrional. En *Orígenes de las lenguas neolatínas. Introducción a la filología romance*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 204-211.

cegados por la maldad de Satanás, a través de la difusión del cristianismo y de la implantación del reino de Dios.

Debido a lo anterior, se estipularon una serie de cédulas que consideraban, de igual forma, tanto los beneficios que supondrían llevar a cabo la evangelización en lenguas originarias como la incapacidad de referirse a conceptos propios del credo que se deseaba inculcar a través de ellas. No obstante, a solicitud de los mendicantes, Felipe II acata la resolución del concilio tridentino que ordenaba convertir a los naturales en su propio idioma. Faltaba, sin embargo, lo más complejo: la ejecución del proyecto. El registro y la codificación de esos sistemas compuestos de sonidos y estructuras nunca antes conocidas constituyó la tarea central para lograr los fines proselitistas que se perseguían. Klaus Zimmerman ha descrito claramente las dificultades que representaron dichas tareas a los religiosos encargados de ella.

En Molina y en otros lingüistas de la época colonial se halla un nivel de reconocimiento gramatical todavía no superado, pues no puede olvidarse que las lenguas indígenas carecían de alfabeto, que los frailes debieron inventar métodos de campos intercomunicativos para aprender la lengua, obtener los datos lingüísticos, entenderse con los indígenas y, posteriormente lograr redactar los datos reunidos, exponer sus observaciones lingüísticas y dar a la imprenta sus trabajos.¹³

Se inicia, así, una intensa labor de gramatización y normatización de distintas lenguas y la traducción y elaboración de los materiales religiosos idóneos para la evangelización. Sólo durante el periodo que va de 1524 a 1572 se realizaron 109 obras, de las cuales ochenta fueron escritas por franciscanos, 16 por dominicos, ocho por agustinos y cinco son anónimas. Por razón de lenguas, ésta es la división: 66 en náhuatl o relativa a ella, trece en purépecha o referente a su naturaleza, seis en otomí, cinco en mixteco, cinco en zapoteco, cuatro en huasteco y dos en totonaco.¹⁴ Esta información da cuenta por sí misma de la gran actividad desplegada por los misioneros lingüistas en México durante las primeras décadas de la Colonia. No obstante, frente a la evidente babelización indioamericana, el idioma mexicano, que había sido hablado por la antigua confederación de tribus del valle de México

¹³ Citado por Manuel Galeote en el prólogo al *Vocabulario* de fray Alonso de Molina. *Aquí comienza un vocabulario en lengua castellana y mexicana*, edición de Manuel Galeote, Málaga, Universidad de Málaga, Analecta Malacitana, Anejo XXXVII de la revista de la Sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras, 2001, p. XXX.

¹⁴ Véase Robert Ricard, *La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 122.

y el primero en haber sido aprendido por los frailes en tierra firme, fue elegido como lengua general.

La preeminencia del idioma mexicano. Hacia la desbabelización de México

Jerónimo de Mendieta, por su parte, aseguraba que el mexicano era la lengua común de todas las provincias de la Nueva España y la que se empleaba por las comunidades de hablas distintas en un vasto espacio territorial.¹⁵ En julio de 1570, por real cédula, Felipe II la decreta como *lingua franca* a fin de paliar las dificultades que entrañaba la gran heterogeneidad lingüística que existía. Shirley Heath transcribe el párrafo más representativo del ordenamiento: “para que dichos indios aprendiesen todos una misma lengua y ésta fuese la mexicana que se podría aprender con más facilidad por ser lengua general”.¹⁶

Es verdad que mucho tiempo antes de estos acontecimientos, entre 300 y 700 d. C., durante el apogeo del clásico, el auge del intercambio comercial había propiciado el empleo de lenguas francas igualmente vigorosas en ciertas regiones como el centro de México, donde se hablaban náhuatl e idiomas de la familia otomame. Asimismo, en lo que hoy son Puebla y Tlaxcala, el náhuatl aventajaba sobre el mixtecano o el mazatecano de la familia oaxaqueña, por mencionar sólo dos casos. Durante el periodo posclásico se establecieron nuevos señoríos y con ellos se impusieron lenguas hegemónicas en detrimento de muchos idiomas regionales, algunos de los cuales lograron, sin embargo, sobrevivir hasta el momento de la conquista, por ejemplo, los que se usaban en partes de Jalisco, Michoacán y Guerrero, de los que sólo quedaron sus topónimos.¹⁷ Como afirma Leonardo Manrique, en esta época que estuvo caracterizada por asentamientos en sitios fortificados y defendibles, algunas lenguas fueron desplazadas por otras, como el cuicateco —extinto aproximadamente desde 1980— por el tarasco y varios idiomas locales ante el mexicano o náhuatl.¹⁸ Los desplazamien-

¹⁵ Junto con la maya en la península de Yucatán y la tarasca o purépecha en el reino de Michoacán.

¹⁶ En *La política del lenguaje en México: de la colonia a la nación*, México, Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional Indigenista, p. 53.

¹⁷ Son numerosas las lenguas de las que sólo permanece su nombre y es imposible determinar si eran sólo variantes o idiomas distintos. Leonardo Manrique registra los casos de *zoe*, *nío* que pudo haber sido variante del tarahumara.

¹⁸ En “Pasado y presente de las lenguas indígenas en México”, en Violeta Demonte y Beatriz Garza Cuarón (ed.), *Estudios de lingüística de España y México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de México, 1990, p. 398.

tos que sufrieron muchas de estas lenguas y las relaciones que existen entre ellas pueden establecerse gracias a la metodología suministrada por el aparato teórico-metodológico de la lingüística comparada y por los aportes de la glotocronología o lexicoestadística, que consiste en calcular la separación temporal o divergencia entre dos lenguas a partir de un corpus de entre cien y doscientas palabras o cognados correspondientes a objetos y conceptos recurrentes; por ejemplo: yo, tú, él, cabeza, oreja, nariz, uno, dos, grande, que son sustituidos a lo largo del tiempo. Mauricio Swadesh, su creador, supone que la proporción constante de retención sería aproximadamente de un 81% de dicho léxico por cada milenio.

Más complejo resulta determinar los traslados lingüísticos de los grupos nómadas del norte de Mesoamérica, debido a que la exploración arqueológica no ha sido tan intensa y a que muchos de sus códigos desaparecieron antes de ser registrados, a diferencia de lo ocurrido en regiones del centro y sureste de México. Lo cierto es que a la llegada de los españoles el idioma mexicano se hablaba en un muy vasto territorio que abarcaba desde Durango y Sinaloa hasta Nicaragua. En un espléndido estudio, Ignacio Guzmán Betancourt comprueba, con base en varios testimonios, que desde fechas tempranas de la colonia, el náhuatl se usaba en Culiacán. Para ello, se fundamenta, entre otros documentos, en las declaraciones de Motolinía y en un testimonio fechado en 1597 que aparece corroborado en la *Historia de los triunfos de nuestra santa fe*, de Andrés Pérez de Rivas:

Para doctrinar esta gente se hubieron de valer los padres de la lengua Mexicana, que aunque no es propia de la tierra, la sabían y entendían estos indios. Y añadieron a esto, que en mes y medio que gastaron en esta misión, pusieron gran diligencia para aprender algo de lo más necesario en la lengua Taué que es la propia de estos indios. A que ayudó casi milagrosamente el auxilio divino. Porque uno de los Padres se halló casi de repente con suficiencia para poder hacer algunas confesiones en esa lengua e instruir en ella a sus penitentes. Y lo que fue aun de más estima, que era tal el fervor de los que no sabían la lengua Mexicana, que acudían a los que la entendían, para que les dijese, y enseñasen, lo que se había predicado en los sermones, y platicas; y otros de su voluntad traían intérpretes para confesarse, lo cual no habían hecho en su vida.¹⁹

¹⁹ En Ignacio Guzmán Betancourt, “¿Dónde y cuándo se habló el náhuatl en Sinaloa?”, en Ignacio Guzmán Betancourt y José Luis Moctezuma Zamarrón (eds.), *Estructura, discurso e historia de algunas lenguas yutoaztecas*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2007 (Colección Científica), p. 128-129.

Algunos autores identificaron las variantes de los idiomas que describían. Fray Alonso de Molina en el siglo XVI señalaba que la norma ideal del mexicano estaba representada por las hablas de México y Tezcoco, adelantándose con ello a las reflexiones dialectológicas que se desarrollaron siglos después. Asimismo, el bachiller Carlos de Tapia y Zenteno en su *Arte novissima de la lengua mexicana* de 1753 se refería a las variantes de ésta.²⁰

Ahora bien, como se mencionó anteriormente, algunas cédulas reales advertían la dificultad de que la evangelización del Nuevo Mundo se realizara mediante las lenguas originarias debido a la supuesta imposibilidad de aludir ortodoxamente a términos propios de la fe que se deseaban inculcar. No obstante, los religiosos que tenían que llevar a la práctica dicha tarea pronto comprendieron que la conversión sólo podría concretarse a través del medio de expresión de sus catecúmenos. Esto reclamaba un programa eficiente de registro y codificación, y también la articulación de estrategias lingüísticas que permitieran exponer al otro el nuevo credo traído de Europa. Lo anterior suscitó comentarios a favor de los idiomas originarios, en especial, del que aquí nos ocupa. El franciscano Jerónimo de Mendieta se refería con particular entusiasmo al náhuatl que, según su opinión, tenía abundante léxico y capacidad suficiente para representar el pensamiento abstracto y los conceptos de la teología católica.

Más tarde, Francisco Javier Clavijero se pronunció en contra del filósofo prusiano Paw, quien sostenía, siguiendo a Charles Marie de La Condamine, que las lenguas de América eran pobres e incapaces de explicar contenidos elaborados; se fundamentaban estos últimos en la falta de voces que pudieran explicar nociones como materia, sustancia y accidente, mismas que, según Clavijero, le habían resultado difíciles de transvasar del griego al latín al propio Cicerón. El ilustre jesuita ofrece un elenco de voces en lengua mexicana que muestran cómo ésta era capaz de expresar con tino y propiedad los misterios de la religión cristiana. Algunas de ellas son: *neltiliztli* (verdad), *cemicacjéni* (eterno), *nejoltequipacholiztli* (arrepentimiento), *tlaxjejecoliztli* (templanza), *tlapaccaihjohuiliztli* (paciencia) *tlatlacajotl* (benignidad). Y continúa su defensa:

Los europeos que han aprendido el mexicano, entre los cuales hay italianos, franceses, flamencos, alemanes y españoles, han celebrado con grandes elogios aquella lengua, ponderándola al grado de que

²⁰ No sólo se hicieron alusiones a las modalidades del mexicano; también, por ejemplo, Antonio de los Reyes consideraba que la variante mixteca de Teposcolula era mejor y más universal que las otras que se extendían por toda la región.

algunos la han estimado superior a la latina y a la griega [...] Boturini afirma que “en la urbanidad, elegancia y sublimidad de las expresiones no hay ninguna lengua que pueda compararse con la mexicana”.²¹

El babel indomexicano ayer y hoy. Riqueza en la diversidad

La idea de que existían lenguas mejores fue recurrente también en el siglo XIX debido a la influencia del evolucionismo. Wilhelm von Humboldt sostuvo que había lenguas más desarrolladas y perfectas que otras, como el sánscrito que para él era la mejor por “la operación especial que sigue la mente donde convierte al concepto en una categoría particular del pensamiento o del discurso y donde el significado completo de la palabra es el proceso simultáneo de esa expresión conceptual y de esta clave modificadora”.²² Para el investigador alemán una lengua flexiva correspondía a una “nación de inteligencia viva o de pensamiento profundo”.²³ Humboldt, retomando las ideas de Herder respecto a la íntima relación entre lenguaje y cultura, sostuvo que: “La lengua es el espíritu de los pueblos y el espíritu de los pueblos es la lengua”.²⁴ Y es que Humboldt, como los románticos de su época, destacó el carácter individual de las lenguas de cada pueblo y su íntima relación con el pensamiento nacional.

El evolucionismo trascendió el mundo europeo y llegó a América, donde de inmediato encontró eco en pensadores como el norteamericano Powel, quien aseguraba que había lenguas más desarrolladas que otras y que esto se podía comprobar en la supuesta indefinición de algunos sonidos y en la incapacidad de efectuar abstracciones a través de sus componentes. No obstante, hubo quienes como fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera se adelantaron a modernas concepciones lingüísticas y rechazaron esta clase de valoraciones que, en realidad, nada tenían que ver con los constituyentes formales de sus sistemas. El padre carmelita sostuvo en su *Disertación sobre la lengua othomí* que las lenguas indígenas no eran jerigonzas ni expresiones primitivas y, centrándose en el otomí, lo comparó con el chino —manifestación de una refinada cultura ancestral— por su naturaleza

²¹ En *Historia antigua de México*, México, Porrúa, 2003, p. 774.

²² En *Sobre el origen de las formas y sobre su influencia en el desarrollo de las ideas*, Barcelona, Anagrama, 1972, p. 33.

²³ *Idem*.

²⁴ Véase Jesús Tusón, *Aproximación a la historia de la lingüística*, Barcelona, Teide, 1982, p. 106.

monosilábica y tonal; con ello demostró que las aventuradas afirmaciones de Du Ponceau y otros autores sobre la supuesta pobreza de las lenguas indomexicanas no tenían ningún sustento.

Los idiomas originarios lograron sobrevivir durante la colonia y en la época decimonónica y, conforme al concierto que se experimentaba en otras latitudes, principalmente en Alemania, se analizaron y clasificaron, se buscaron su procedencia y posibles relaciones. Ascensión Hernández de León-Portilla se pregunta ¿cómo fue posible su perduración frente al español, que en los siglos XVI y XVII era la lengua imperial en Europa y América y gozaba de una situación muy propicia para imponerse fácilmente? La mencionada autora advierte que dicha pervivencia se logró por el propio *status* sociolingüístico de varias de ellas, ya que habían logrado constituirse en unidades políticas de gran nivel cultural; también destaca el hecho de que los españoles del siglo XVI estaban acostumbrados a escuchar numerosos idiomas, mismos que actualmente se continúan hablando en la península ibérica. Esta situación influyó en que la casa de Asturias aceptara no sólo que se continuarán hablando las lenguas indígenas, sino que los misioneros emprendieran su ambicioso programa de registro y codificación sobre ellas e impulsaran la enseñanza de algunas en la propia Universidad de México.²⁵

La conciencia de la heterogeneidad lingüística en el Renacimiento y la necesidad comunicativa con otros seres de impensadas regiones propiciaron la elaboración de vastos corpus que incluían información sobre una enorme cantidad de idiomas, magnos calepinos, como se les dio en llamar. Dignos de mencionarse y como preludio de los trabajos propios del siglo XIX fueron los vocabularios comparativos de todas las lenguas del mundo emprendidos por Catalina II de Rusia, el *Mithridates* de Johann Chistopher Adelung y Johann Serverin Vater que incorporaba ya datos sobre lenguas de África y América dentro de las que se incluía la mexicana, y también la obra del jesuita español Lorenzo Hervás y Panduro, quien incluyó una relación de treinta y cinco idiomas que, a su juicio, pertenecían a la jurisdicción de México —entre ellos destacan el mexicano, otomí, maya, mixteco, totonaco, yaqui, chontal, pime, ópata y mixe—. De éstos, según Hervás, el mexicano era “el más universal dado que se hablaba y se habla en países muy alejados de México donde no llegó jamás la dominación de los mexicanos”.²⁶ Fundamentado en la *Historia antigua de México* de Francisco Javier Clavijero, a quien consideraba historiador ilustrísimo, Hervás advirtió que la

²⁵ Para mayor referencia, consúltese “Nebrija y el inicio de la lingüística misionera”, *Anuario de Letras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, v. XXXI, 1993, p. 205-223.

²⁶ Jesús Bustamante (ed.), *Catalogo delle lingue*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1987, p. 170.

lengua mexicana “fue hace tiempo el idioma propio de los toltecas, chichimecas y quizá también de otras naciones que habían ocupado y habitado la América septentrional antes de la fundación del imperio mexicano”.²⁷ Para probar esta afirmación incorporó una breve relación de palabras toltecas y chichimecas con su traducción, las cuales posteriormente fueron retomadas por los mexicanos.

Al igual que en Europa, en México se experimentó el quehacer histórico y comparado que define al siglo XIX. Manuel Orozco y Berra fue autor de la *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México, precedida de un ensayo de clasificación de las mismas lenguas y de apuntes para las inmigraciones de las tribus*. La importancia de esta obra radica en ser el primer gran intento por clasificar las lenguas indomexicanas. En ésta se conjuga el interés de Orozco por el origen y parentesco de los idiomas y su distribución territorial, dejando así, en los tres apartados que la conforman, una descripción etnogeográfica de cada grupo lingüístico.

Por otra parte, a Francisco Pimentel se debe la recopilación y clasificación de las lenguas indígenas más completa hecha en México, la que, por su calidad, lo hizo merecedor de muy importantes reconocimientos. Bárbara Cifuentes comenta respecto a Pimentel que:

En el ámbito científico nacional hizo el primer diagnóstico de la población indígena e hispanohablante con base en el análisis de sus lenguas. Interpretó la diversidad de la población a la luz de los principios filosóficos de una filología que postulaba una igualdad biológica y de la razón en toda la especie, y que, además planteaba que cada una de las lenguas era la manifestación del espíritu de cada pueblo”, aseveración esta última que recuerda el impercedero postulado de Humboldt arriba mencionado.²⁸

Pero ¿Cuántas lenguas indígenas se hablan actualmente en México? ¿Qué tan vasta es la Babel mexicana? Ésta, al parecer, no es una pregunta que pueda contestarse fácilmente, pues depende, entre otras cosas, de la mayor o menor exactitud de los datos censales y, en ocasiones, de la muy personal valoración del lingüista para determinar lo que es propiamente una lengua y lo que son sus variantes regionales.²⁹ El Ins-

²⁷ *Ibid.*, p. 171.

²⁸ En *Lenguas para un pasado, huellas de una nación. Los estudios sobre lenguas indígenas de México en el siglo XIX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2002, p. 87.

²⁹ Lo anterior aparece explicado con mayor detenimiento en Pilar Máynez, *Lenguas y literaturas indígenas en el México contemporáneo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, p. 37-50.

tituto Nacional Indigenista ha sostenido que son 62 las lenguas originarias que continúan usándose en la actualidad a lo largo del territorio nacional con más de cien variantes; la Subdirección de Promoción de la Enseñanza-Aprendizaje reconocía hace pocos años que eran 63 lenguas, mientras que Beatriz Garza Cuarón y Yolanda Lastra, por su parte, identificaban 58.³⁰ Más recientemente se ha asegurado que son diez más, esto es, 68 los idiomas hablados a lo largo de la República Mexicana con 364 variantes lingüísticas, correspondientes a once familias.³¹

Como hace más de cuatro siglos, hoy se siguen realizando, con renovados métodos, estudios descriptivos sobre las lenguas originarias: encabeza éstos la más hablada todavía, es decir, la náhuatl, seguida por la tarasca, otomí, maya y zapoteca, que han estado consistentemente presentes en los estudios mesoamericanos; igualmente, cada vez son más los idiomas que se analizan, como el pima, yaquí o tzeltal.³²

Consideraciones finales

Luis Fernando Lara, al referirse a la genealogía del lenguaje humano y a la dificultad de fundamentarse en datos fehacientes para lograr su posible reconstrucción, asegura que “más allá de la búsqueda de la lengua primigenia, el sueño humano de que los signos de las lenguas —al menos del hebreo, del griego y del latín— revelen la verdadera naturaleza de las cosas o, al menos, que haya lenguas cuyos signos resulten apropiados a lo que nombran, ha sido uno de los temas centrales del pensamiento acerca del lenguaje”.³³

En efecto, uno de los tópicos más claramente definidos de la historiografía lingüística es el que hemos abordado de manera somera aquí. El filósofo, orador y político griego, Isócrates, como otros pensadores más, advertía que el lenguaje articulado es el factor que distingue al hombre del resto de los animales. Esta capacidad hizo que en tiempos ancestrales aparecieran las primeras formas significativas

³⁰ En “Lenguas en peligro de extinción en México”, en *Lenguas en peligro*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2001, p. 141.

³¹ En el *Catálogo de las lenguas indígenas nacionales: Variantes lingüísticas de México con sus autodenominaciones y referencias geoestadísticas*, en *Diario Oficial de la Federación*, México, 14 de enero de 2008, p. 31-112. Versión electrónica disponible www.inali.gob.mx

³² Para mayor referencia véase Rebeca Barriga Villanueva “Claroscuros en la lingüística mexicana actual. La década 1995-2004”, en Pilar Máynez y María Rosario Dosal (ed.), *V Encuentro Internacional de Lingüística en Acatlán*, edición de, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2006, p. 45.

³³ En *La lingüística: ¿otra historia?* Discurso de Ingreso a El Colegio Nacional, 5 de marzo de 2007, México, El Colegio Nacional, 2007, p. 29.

del lenguaje que permitieron un intercambio comunicativo más eficaz entre los hombres. Vico, Condillac y Rousseau, por su parte, identificaron diferentes etapas de este desarrollo que iba desde la reproducción cercana de sonidos emanados del exterior hasta la configuración de los componentes lingüísticos más complejos como son los verbos. En cada parte del orbe aparecieron diferentes idiomas de muy diversa conformación que dieron a su vez origen a otras lenguas, las cuales, asimismo, fueron transformándose según el espacio, el tiempo y las circunstancias sociales de su empleo. Cada lengua representa así una posibilidad de segmentar la realidad, de aproximarse a ella; cada lengua, como advierten los antropólogos lingüistas, se convierte en un prisma que nos condiciona a acercarnos de manera particular a nuestro entorno. El rico crisol lingüístico que existe en México y en las otras latitudes como consecuencia del castigo divino representa, por otro lado, la ilimitada posibilidad de ver y aprehender, de muy diferentes formas, el universo.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo, *Lenguas vernáculas. Su uso y desusos en la enseñanza: la experiencia de México*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1983 (Ediciones de la Casa Chata, 20).
- ALIGHIERI, Dante, *Tratado de la lengua vulgar*, traducción, introducción y notas de Federico Ferro Gay e Hidelberto Villegas Méndez, México, Secretaría de Educación Pública, 1986.
- BARRIGA VILLANUEVA, Rebeca, “Claroscuros en la lingüística mexicana actual. La década de 1995-2004”, en Pilar Máynez y María Rosario Dosal (ed.), *V Encuentro Internacional de Lingüística en Acatlán*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2006, p. 23-57.
- BAUDOT, Georges, *Utopía e historia de México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*, Madrid, Espasa Calpe, 1983.
- CIFUENTES, Bárbara, *Lenguas para un pasado, huellas de una nación. Los estudios sobre lenguas indígenas de México en el siglo XIX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002.
- CLAVIJERO, Francisco Javier, *Historia antigua de México*, México, Porrúa, 2003.
- DURÁN, fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, 2 v., edición de Ángel María Garibay, México, Porrúa, 1967.

- FROST, Elsa Cecilia, *Historia de Dios en las Indias. Visión franciscana del Nuevo Mundo*, México, Tusquets Editores, 2002.
- GARZA CUARÓN, Beatriz y Yolanda Lastra, “Lenguas en peligro de extinción en México”, en *Lenguas en peligro*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2001, p. 139-197.
- GUZMÁN BETANCOURT, Ignacio, “¿Dónde y cuándo se habló el náhuatl en Sinaloa?”, en Ignacio Guzmán Betancourt y José Luis Moctezuma (eds.), *Estructura, discurso e historia de algunas lenguas yutoaztecas*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2007 (Colección Científica), p. 127-135.
- HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA, Ascensión, “Nebrija y el inicio de la lingüística misionera”, *Anuario de Letras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, v. XXXI, 1993, p. 205-223.
- HARRIS, Roy y Talbot J. Taylor, “The Bible on the origin and diversification of language”, en *Landmarks in Linguistic Thought. The Western Tradition from Socrates to Saussure*, Routledge Londres/Nuevaw York, 1989.
- HEATH, Shirley, *La política de lenguaje en México: de la colonia a la nación*, México, Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional Indigenista, 1972.
- HERVÁS Y PANDURO, Lorenzo, *Catalogo delle lingue*, edición Jesús Bustamante, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1987.
- HUMBOLDT, Wilhelm von, *Sobre el origen de las formas y sobre su influencia en el desarrollo de las ideas*, Barcelona, Anagrama, 1972.
- Instituto Nacional de Lenguas Indígenas, *Catálogo de las lenguas indígenas nacionales. Variantes lingüísticas de México con sus autodenominaciones y referencias geoestadísticas*, en *Diario Oficial de la Federación*, México, 14 de enero de 2008, p. 31- 112. Versión electrónica disponible www.inali.gob.mx.
- LARA, Luis Fernando, *La lingüística: ¿otra historia?*, discurso de ingreso a El Colegio Nacional, 5 de marzo de 2007, México, El Colegio Nacional, 2007.
- MANRIQUE, Leonardo, “Pasado y presente de las lenguas indígenas en México”, en Violeta Demonte y Beatriz Garza Cuarón (eds.), *Estudios de lingüística de España y México*, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de México, 1990, p. 387-441.
- MÁYNEZ, Pilar, *Lenguas y literaturas indígenas en el México contemporáneo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003.

- MOUNIN, Georges, *Historia de la lingüística desde los orígenes al siglo XX*, México, Madrid, Gredos, 1979.
- PLATÓN, *Cratilo o de la exactitud de las palabras*, en *Obras completas*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1972.
- RICARD, Robert, *La conquista espiritual de México: ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- ROBINS, R. H., *Breve historia de la lingüística*, Madrid, Paraninfo, 1980.
- Sagrada Biblia*, versión de las lenguas originales de Eloíno Nácar y Alberto Colunga, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1966.
- TAGLIAVINI, Carlo, *Orígenes de las lenguas neolatinas. Introducción a la filología romance*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- TUSÓN, Jesús, *Aproximación a la historia de la lingüística*, Barcelona, Teide, 1982.
- ZIMMERMANN, Klaus en el prólogo de Manuel Galeote al *Vocabulario de fray Alonso de Molina, Aquí comienza un vn vocabulario en la lengua castellana y mexicana*, edición de Manuel Galeote, Anejo XXXVII de la revista de la Sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras, Málaga, Universidad de Málaga, 2001.